

Un hombre, un ticket.

Una propuesta para el gobierno neoliberal del planeta Tierra.

Luis Montero

- Fui teletransportado a la Tierra el 6 de enero de 2008, a las 09:38 am, fecha y hora locales, en los baños públicos del mirador del Perito Moreno. La idea era tomar planeta Tierra. Hacernos con el poder, ya sabéis. Y para conseguirlo alguien pensó que lo mejor era hacer carrera política. Su plan era aparecer en una región lo suficientemente alejada para trepar en la jerarquía local y, una vez aposentado ahí arriba, saltar al plano internacional. No sé, adujeron que como estrategia de entrada en la Tierra era menos arriesgada que otras, pero quizá metimos la gamba. Y, ahora que estoy detenido, veo que sí, que se metió y bien metida. Pero no había otra alternativa: presentarme en La Tierra y reclamar para mí todo el poder político no iba a funcionar. No me iban a recibir con los brazos abiertos, vamos, que esta gente no está esperando un salvador que baje del cielo. Que no quieren un redentor, para nada. Los terrícolas creen que están de puta madre y de ahí no hay quién los saque. Conque, se pensó, lo que hay que hacer es convertirse en uno de ellos, ser uno de ellos, empezar desde abajo e ir escalando poco a poco hasta llegar a la cima. La intención era conseguir que fueran ellos quienes me empujaran a la más alto. Y una vez ahí, administrar este planeta, pero no de espaldas a ellos sino contando con ellos... En fin, ya sabéis, el buen rollo... Así que, como dije antes, aparecí en los aseos públicos del mirador del Perito Moreno, uno de los tres glaciares de la Patagonia argentina que aún no está en retirada y la tercera reserva de agua dulce del mundo. Y por muy bonito que sea el sitio, que lo es, qué queréis que os diga, hace un frío de pelotas. Sin casi asomarme a esa pared de hielo me puse en marcha, camino a Río Gallegos, la capital de la provincia. Estábamos a 377,23 km y no los iba a hacer a pata. Al principio intenté colarme en el autobús de línea, pero era imposible, los conductores parecían haber sido polizones antes de ser conductores: se sabían todas las artimañas posibles. Luego pensé en hacer autostop y, por suerte, enseguida cayó una camioneta. Tras las clásicas admoniciones paternas sobre que hay que tener cuidado al hacer dedo me acomodaron en la parte trasera, entre dos ovejas y unos bultos también blanditos. Me acurruqué allí, pensando que el viaje iba a durar unos segundos. Pero no, es acojonante lo malo que es el teletransporte terrícola. Lento de pelotas. Y con unos baches en los que no haría pie un pivot...

La furgoneta entró a la ciudad por la RN3-Acceso Norte y nos dejó en San Martín, la plaza principal. Llegado a la ciudad, la primera etapa de la misión, lo primero que hice fue sumergirme entre sus 110.435 habitantes. Pasé varios días agazapados en las terrazas de la Avenida de Asturias, saboreando café tostado y algún que otro mate, procurando no llamar la atención de nadie, y mucho menos de la policía. Lástima que el tiempo no acompañara. En junio, el invierno austral está en pleno apogeo y la Patagonia es cualquier cosa menos templada. De no ser por la nieve y el viento, aquellos hubieran sido unos días cojonudos. Una tarde estaba sentado bajo una sombrilla en el Café Panizza, cuando en una mesa vecina se sentó un hombre de unos cincuenta palos con el último ejemplar de Tiempo Sur entre las manos. A toda portada destacaban unas

declaraciones del Intendente de Río Gallegos en las que declaraba que su partido, el Radical, iba a volver a ganar las siguientes tres elecciones, se iba a eternizar en el poder dada una incapacidad innata del líder del partido opositor. Según él, el líder justicialista no estaba capacitado para dirigir los destinos de Río Gallegos porque “tiene el semen aguado”, cita textual. Fue leerlo y, como si alguien hubiera pulsado un resorte, salté.

La sede del Partido Justicialista en Río Gallegos era un edificio de portal representativo en plena zona alta de la ciudad, en la calle General Ángel Sureda, esquina con Mitre. Sitio elegante. Tercera planta. Ya en la oficina, informé a una chica muy amable que deseaba inscribirme en el Partido. Y es que si algún partido tenía opciones de ganar las próximas elecciones de Río Gallegos era el que había perdido las últimas tres. Las elecciones son como las inversiones, y no hay rico que pierda eternamente: cada elección perdida es una elección perdida menos hasta la siguiente elección ganada. La recepcionista sonrió complacida y comentó que con mucho gusto, que sólo había que hacer un ingreso de 200 pesos en su cuenta corriente del partido. Media hora más tarde tenía un carné de miembro, con foto y todo. Y qué foto, menuda pinta de dictadorzuelo de poca monta. Ya éramos miembros del partido, con el número 2.354. Acaba de empezar la partida: tenía que escalar hasta el número 1. Así que o bien nos cargábamos a 2.353 terrícolas o bien ingeniábamos una estrategia que dejara al resto de los posibles candidatos fuera de juego. Qué queréis que os diga, por tentadora que fuera la primera opción, la segunda es mucho más práctica. Menos sangre, menos ruido, menos distracciones. Más fácil. Así, con las terrazas de la Avenida de Asturias como cuartel general, poco a poco me infiltré en el organigrama del Justicialismo de Río Gallegos. Primero asistiendo a toda reunión posible con la intención de conseguir que se oyera mi voz. Que me fueran conociendo. Intervení de forma aislada, con tímidos comentarios oportunistas y observaciones siempre positivas; pero pasado un tiempo, mucho menos del esperado, ya hacía objeciones en voz alta y clara. Muy pronto llamé la atención de la Rama Local del Comité Ejecutivo del Partido. Y pronto nos hizo miembros del equipo de Relaciones con Prensa. Que llegásemos a responsables sólo era cuestión de tiempo...

La gran oportunidad llegó con la convocatoria de elecciones municipales en la ciudad. El partido no había ganado unas elecciones desde hacía tres convocatorias: necesitábamos un programa innovador, diferente, que nos ayudara a ilusionar a la más que decepcionada masa votante. Cosa tampoco tan difícil, las cosas como son. Dado que los humanos actúan de forma distinta si administran bienes privados o públicos, en un caso aprovechan el bien común para maximizar sus bolsillos mientras que en el otro aprovechan el bien común para maximizar sus bolsillos, bastaba con proponer actuar en la vida pública como en la vida privada. Aplicar a la esfera pública las mismas recetas que tanto éxito han cosechado en la privada, ¿no tendrían la misma recompensa? ¿O mayor, incluso? Las formas y maneras de la Administración terrícola y argentina se estaban quedando anquilosadas, ahí, en la profundidad de la Patagonia y en todo el mundo, y eran necesarias nuevas propuestas antes del colapso total. Más arriesgadas. Más comprometidas. Revolucionarias incluso. Como era de esperar, las iniciativas fueron aceptadas de inmediato, aunque, para seros sincero, conviene puntualizar que, seguramente, fueron admitidas a tanta velocidad no sólo porque fueran tan arriesgadas, comprometidas y revolucionarias, sino porque no había muchas más dónde elegir. Tengo que reconocer que el Partido Justicialista no es que fuera, precisamente, un nido de iniciativas y ambiciones.

La campaña electoral comenzaría en dos semanas escasas y en la última reunión del

Comité Ejecutivo provincial fui proclamado candidato de forma unánime: encabezaría la lista para Intendente de Río Gallegos. Como dije en mi discurso de aceptación, a partir de ese momento todos mis esfuerzos irían encaminados a un único fin: devolver al Partido Justicialista el Ayuntamiento que nunca debió abandonar. Era, como no dudé en recalcar varias veces, para mí un honor y un reto aceptar una candidatura en la que tantos río galleguenses de bien me habían precedido. Como en su día dijera Newton, un político argentino con una extraña querencia a quedarse dormido a la sombra del manzano: mi candidatura sería imparable, aupada sobre la espalda de gigantes. Aquel discurso no sólo supuso mi proclamación, sino que marcaría el comienzo de dos semanas frenéticas. Había que ganar aquellas elecciones. O dicho de otro modo, la alcaldía era la primera batalla de una guerra que no terminaría hasta que conseguir el dominio del mundo. Constituimos un Consejo Electoral en el que se llevarían a cabo dos tareas fundamentales, la redacción del Programa Electoral para el Gobierno del Ayuntamiento de Río Gallegos, PEGAR-G, y la búsqueda de apoyos concretos para el programa, financieros y humanos.

El PEGAR-G se basaba en una idea muy simple: en aras de profundizar en las virtudes del libre mercado y la sana competencia, pretendía instaurarlas también en la Función Pública. Así, se decidió concurrir a las elecciones con un programa basado en la liberalización de la Administración. Poco a poco, con todo el cuidado del mundo, sí, pero también de forma irrevocable, se realizarían todas las reformas necesarias para que la libre competencia y sus virtudes también guiasen la vida de la Función Pública. Nada les detendría hasta conseguir que, por ejemplo, cualquiera con los suficientes conocimientos y la suficiente inversión pudiera montar otra Concejalía de Fomento, por ejemplo. ¿O es que acaso la existencia de un segundo Consejo Municipal no acicatearía al primero?

Ni que decir tiene que arrasamos en las elecciones.

Y que esa primera victoria fue el principio de nuestro fin.

Ganamos las elecciones con el 78,47% de los votos, algo que nunca nadie había conseguido en la historia de la democracia santacrucense. Por mayoría aplastante. ¡Campeones! nos llamaría al día siguiente la prensa desde su primera página. Recuerdo que en la foto que acompaña el titular de portada salía yo mirando hacia el cielo. «Esta victoria no es más que una batalla, pírrica incluso, en una guerra superior. Y a esa guerra nos debemos», destacaba el diario a toda portada.

Al día siguiente ya estábamos trabajando para llevar a cabo nuestro Programa. Si queríamos que la iniciativa privada compitiera con la administración pública en el campo de esta última, eran tantas y tan profundas las reformas a llevar a cabo que no podíamos perder un segundo. Lo primero que hicimos, para ayudarnos en nuestra tarea legislativa, fue formar y financiar el mejor Departamento Legal Municipal de toda la provincia. Ellos se encargarían de introducir las modificaciones necesarias en todos los reglamentos que dependían directamente del Ayuntamiento. Muy pronto la totalidad del cuerpo legal estuvo preparada para permitir la inversión, la invasión privada de la Función Pública. Y así, el Ayuntamiento de Río Gallegos pasó a ser el primer ayuntamiento del planeta Tierra que abría sus servicios a la competencia privada. No ya es que subcontratara sus servicios a empresas externas, una práctica tan común en todas partes, sino que permitía que las empresas compitieran en la gestión con el mismo

Consistorio, llegando incluso a cobrar sus propios impuestos como forma de retribución. Si el Ayuntamiento quería seguir cobrando, tendría que ofrecer un mejor servicio. Así de fácil.

Y claro, la inversión privada no se hizo llamar dos veces. Los primeros en aprovechar la oportunidad fueron un Banco y una Petrolera, que constituyeron una sociedad conjunta para la constitución de una Concejalía de Medioambiente Privada. Aunque la CMP empezó a ofrecer sus servicios a los ciudadanos residentes dentro de las divisiones de El Jardín, El Trencito y La Ría, levantó una gran expectativa en toda la ciudad. Recogían las basuras, las trataban y las reciclaban, todo a un precio más que competitivo, con el mejor de los equipamientos, la tecnología más moderna y respetando los reglamentos de sanidad y medioambiente. A los río galleguenses les parecía una buena alternativa y al capital parecía gustarle. Y obligó a que el Ayuntamiento renovase sus servicios de limpieza. Así que todos contentos. Después vendrían un sinnúmero más de iniciativas de este tipo. Desde los servicios de asistencia y cuidado a la tercera edad hasta la seguridad en los mejores barrios; desde las inspecciones de Sanidad y Consumo hasta la gestión y mantenimiento de los Polideportivos Municipales. Todo pasó a manos privadas. O mejor dicho, todo empezó a ser explotado por empresas privadas. En menos de tres meses, las tareas del Ayuntamiento habían quedado reducidas a la mínima expresión. Ya sólo nos encargábamos de aquellas cosas por las que la ciudadanía no estaba dispuesta a pagar directamente, como eran los servicios de mantenimiento de parques y jardines y los departamentos de limpieza de la red de alcantarillado, además de algunas funciones administrativas de menos peso social. Y, sobre todo, aún manteníamos la función representativa: ahí iba yo, de inauguración en inauguración. Todas las demás tareas propias de la municipalidad se las habíamos despojado a la municipalidad y habían recaído en manos del capital privado. Y sin que decayera el servicio en lo más mínimo, sino todo lo contrario.

Un día, AHOSTIAS, la todopoderosa Asociación de Hosteleros e Industrias Auxiliares Similares de Río Gallegos, propuso llevar nuestras reformas hasta sus últimas consecuencias y promulgaron la creación de la primera Intendencia de la ciudad privada. Osea, los muy cabrones optaban a mi puesto. Pero qué le íbamos a hacer: aunque lo que pretendían era mi cargo, no pudimos sino sentirnos elogiados al conocer sus intenciones: desde entonces, la ciudadanía tendría la capacidad, por primera vez en la historia, de escoger entre el Intendente que había arrasado en las elecciones o un Intendente de pago. O dicho de otra manera, por primera vez en la historia, los ciudadanos podían escoger quién preferirían que gobernara: el contrato ciudadano no se sellaría mediante el voto sino mediante el pago. Como todo lo demás en el mundo. Ni que decir tiene que después de los éxitos que habían cosechado mis iniciativas liberalizadoras, la gran mayoría de los río galleguenses prefirió ser representado por el Intendente que podían comprar. Y, si queréis que sea sincero, de haber sido al revés me hubiera sentido profundamente decepcionado.

Porque aunque aquello supusiera el fin de mi carrera política era, en el fondo, la constatación de mi propio éxito. Aquel despido no era una crisis, era una oportunidad: la oportunidad de volver a mi planeta.

Pero eso ya es otra historia.